

A SALTO DE REBECO

EL LLAMBRIÓN

Al guía Juan Suárez, de Espinama, agradecido, y a la F. E. M. sugiriéndole intente conseguir del Estado que el Macizo Central de los Picos de Europa sea declarado Parque Nacional Alpino, para que no desaparezca nunca su dramática y salvaje belleza, se eviten profanaciones mercantilistas al servicio de un turismo bobalicón y gregario, y se conserve siempre la imperceptible trocha tallada en el roquedo, más por los rebecos que por el hombre, y cuyo trazo sutil e inseguro conduce al montañero a los lugares más atormentados de la orografía peninsular.

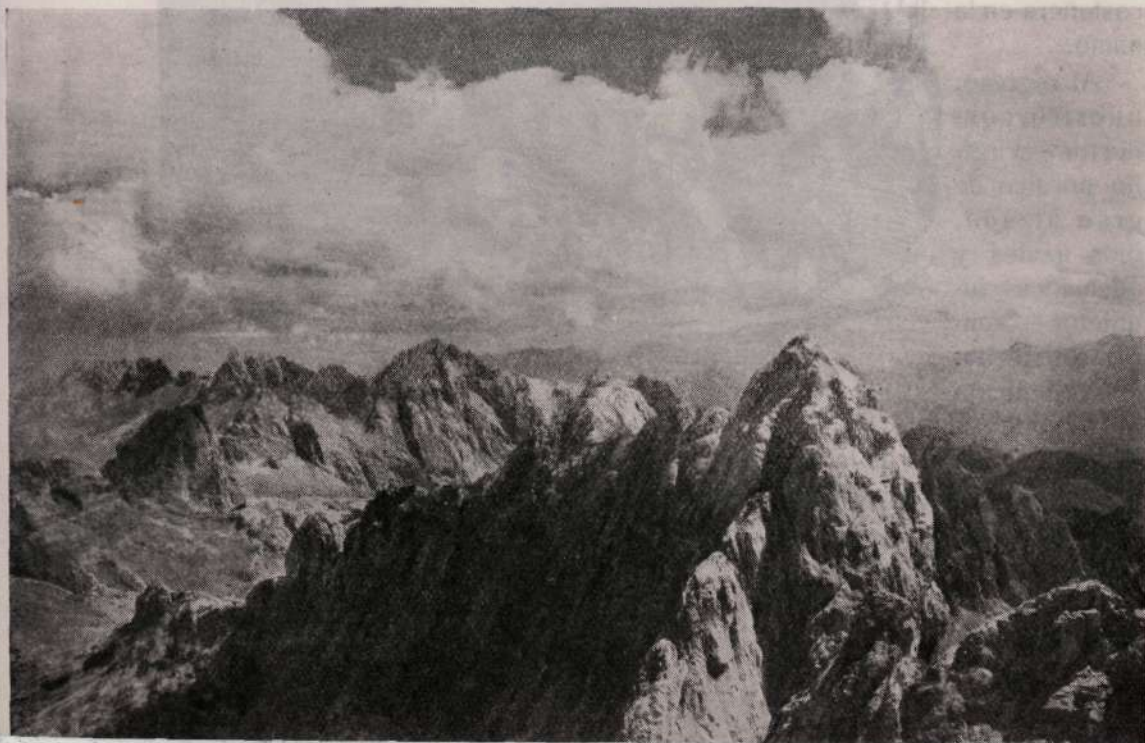
Los Picos de Europa son únicos en la extraordinaria colección de las cordilleras ibéricas. Afortunadamente aún permanecen casi vírgenes en su asolada majestad. Sin caminos, hendidos, rajados más bien por «canales» angostos, socavados en enormes y profundos hoyos que los naturales denominan «jous», batidos por los vientos atlánticos, por las nieves, los hielos y las lluvias que desmoronan poco a poco los lienzos de sus fantásticas y características cimas, en su bravo recinto no basta llegar a la cota deseada para decir que el riesgo y la emoción pasaron: muy abajo, en lo que en otros siste-

mas montañosos pudiéramos considerar la media altura, los circos, los valles altos o los altiplanos, aquí los Picos quedan transformados en un terreno tan violentamente erosionado, tan desnudo de vegetación y tan estéril de agua, que abrasado por el sol o invisible por la niebla, agobia, desespera y aun desmoraliza a quien no los conozca o no se haga acompañar por guías expertos. Coto Nacional de Caza, quien dentro de España quiera conocer y experimentar la gran montaña en su aspecto más hostil que acuda a ellos.

«Descubiertos» hace relativamente pocos

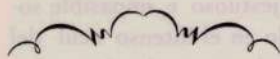
Al Este: Tiro Tirso, Lloroza, Peña Vieja, Puertos de Aliva, Pico Cortés...

(Foto Guereñu)

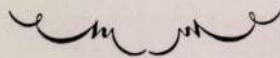


años, los Picos de Europa han tenido sucesivamente tres de sus cumbres como punto culminante: Primeramente fué Peña Vieja; luego, en 1914, el Conde de Saint Saud elevó notoriamente sobre ella la Torre de Cerrredo y, finalmente, Boada en 1935 coloca los 2.740 mts. de la Torre del Llambrión por encima de la pequeña pero terrible Cordillera cántabro-asturica. Elevándose sobre abismos de dos mil metros de fondo, inmediatamente encima del verde Valle de Valdeón (León), vertiendo las pedreras de sus conos de deyección nacidos en los vértices mismos de sus «tiros», de sus portillos superiores inverosímilmente estrechos, erizando sus crestas cúbicas y rodado de un

del paisaje que me rodeaba y que gravitaba intensamente sobre mí, acaso por el esfuerzo que hice para captarlo de tal modo que jamás me olvidaré de él. Sobre la paja del camastro común, envuelto en el absoluto silencio de la noche, veíame todavía contemplando el inquietante y espectacular crepúsculo de aquel maravilloso día estival. Era como si todavía hubiera tenido detrás la gigantesca masa del Llambrión con sus lienzos rocosos fulgurando de rojo a los últimos resplandores del sol; sí, al volver la cabeza seguía viendo el titán geográfico recortando sus fantásticos perfiles en un oscuro cielo esmeralda sereno y diáfano, y cerca de su cumbre, al pié de Tiro Callejo,



El Refugio de Collado Jermoso



cohorte de riscos que le desafían tanto en altitud como en riesgo, El Llambrión guardador del último vestigio glaciar de la Cordillera, levanta como símbolo de su gloria física y de su supremacía, su grande y redondeada roca cimera, gris e impresionante final que pone en definitiva prueba a quien quiera conquistarlo.

* * *

Ayer, 26 de Junio, tuve por cobijo el refugio de Collado Jermoso al que no conduce camino ni senda alguna y confieso que no pude conciliar el sueño. No era cansancio ni miedo ante la nueva jornada próxima, sino algo extraño e indescriptible originado sin duda por el impresionante dramatismo

brillaba obsesionante la manchita blanqui-azulada de un nevero, apenas un retazo de nieve suspendida sobre el estrecho canchal... Frente a frente, al otro lado de la profunda angostura del Cares, se elevaba la entonces fantasmagórica silueta de Peña Santa de Castilla y todas las de sus vecinas del Macizo Occidental. Creía estas aún sobre la desprendida Torre del Lláz, allí en aquel fantástico mirador en el que el Macizo bruscamente termina y donde parece alzarse—invisible, pero patente—incluso para el más osado, un «No más allá» rotundo y absoluto. No estaba solo y me rodeaban mis compañeros que eran en el crepúsculo sombras calladas, absortas y desdibujadas en las medias tintas del anochecer como yo

mismo. El silencio que nos rodeaba solo era roto por el rodar de algún peñasco desprendido de los remates cimeros que, arrastrando en su caída a otros más pequeños, produciendo un rumor sordo y lúgubre, resbalaba lentamente sobre la entonces invisible pedrera hacia un fondo invisible también.

Ahora, en el momento que recojo estas impresiones, estoy de regreso en Aliva y a través de mis retinas se han ido grabando en mi cerebro paisajes hostiles y de pesadilla, sin agua, sin verdor y sin caminos, cuya salvaje belleza trataría vanamente describir. Estoy tumbado confortablemente en mi litera y todavía me sobresalta un voluptuoso terror que se acrecienta a medida que pasan las horas, haciendo temblar la mano entre cuyos dedos lastimados dejo que un pitillo se consuma envolviéndome en su humo tan futil como oloroso. Caí. Quisiera hacer huir de mí el recuerdo de aquellos instantes de intenso estupor pero, contrariamente a mis deseos, me recreo en él y siento aún en mis vísceras correr la sobresaltada y cosquilleante angustia que inopinadamente ascendió a

mi corazón y a mi garganta mientras caía la nieve y la grava deslizaban y rodaban mezcladas inmediatamente bajo mis pies... Quedé inmóvil, suspendido en el vacío, de bruces y comprimido violentamente sobre el neverillo de Tiro Callejo por la mano férrea, oportuna y leal del guía Juan; con mis diez dedos clavados, hundidos profunda y desesperadamente en la helada y blanca superficie vertical, escuchaba—como un rumor—frases que, aunque ininteligibles para mí en el momento, surtieron un efecto tranquilizador al llegar a mi cerebro. Intentando «hacer pie» en lo movable, esforzándome en asir algo lo suficientemente firme para salvarme definitivamente, mis ojos eran atraídos irresistiblemente por el bloque último del Llambrión que, encima, muy próximo, se alzaba majestuoso e impasible sobre mí, centelleando en el intenso azul del firmamento, aureolado por un luminoso halo de eternidad.

LUIS PEÑA BASURTO

Del C. D. Fortuna y del
Grupo de Ciencias Naturales «Aranzadi»



BIBLIOGRAFIA

- Estudio geológico de la caverna «Troskaeta'ko-kobea».** (Ataun-Guipúzcoa).
por N. Llopis Lladó y J. G. de Llarena. MUNIBE.- 1949. Año I, cuaderno 4.º
- Exploración de la «Laguna Deseada» en la cueva de Troskaeta.** (Ataun).
publicado en MUNIBE.- 1950